

[HIMNOS.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS HIMNOS DE SAN AMBROSIO.

Es bien sabido que Ambrosio compuso himnos. Él mismo lo indica en su sermón contra Auxencio con estas palabras: "Dicen que el pueblo ha sido engañado por los cánticos de mis himnos. Ciertamente no lo niego. Es un gran cántico, nada más poderoso. ¿Qué puede ser más poderoso que la confesión de la Trinidad, etc." (Serm. de Basilicis num. 34). También lo testimonia Paulino en la Vida del mismo Obispo, donde al narrar la persecución de Justina contra él, dice: "En este tiempo comenzaron a celebrarse por primera vez las antífonas, himnos y vigiliias en la Iglesia de Milán. La devoción de esta celebración permanece hasta el día de hoy no solo en la misma Iglesia, sino en todas las Iglesias de Occidente." San Agustín, testigo ocular, describe el inicio de esta práctica de la misma manera en el libro IX de las Confesiones, cap. 7, y en otros lugares (Loc. infra cit.) utiliza con frecuencia los versos de esos mismos himnos para confirmar el tema que trata.

Por lo tanto, está claro por la autoridad de tantos testigos que la costumbre de cantar himnos se propagó desde la Iglesia de Milán a todas las Iglesias occidentales, y que el tema y contenido de los mismos solía centrarse en la explicación del misterio de la Trinidad divina. Pero también está claro que otros himnos fueron compuestos por el santo Doctor cuando la tormenta arriana dejó de azotar, como se puede deducir de Agustín, Casiodoro (Lib. de Offic. Eccl. cap. 6), Isidoro, el concilio de Toledo IV (Can. 13), Beda y otros.

Por lo tanto, la dificultad radica en distinguir los himnos verdaderamente ambrosianos de los ajenos, es decir, de aquellos compuestos por Hilario de Poitiers, Sedulio, Prudencio, Fortunato, Elpis esposa de Boecio, Gregorio, Teodulfo de Orleans, Alcuino y Pablo diácono. Gillotius, quien fue el primero en publicar por separado los himnos bajo el nombre de Ambrosio, incluyó dieciséis como ambrosianos. Los editores romanos aumentaron este número añadiendo dieciocho más, y las ediciones parisinas posteriores lo ampliaron aún más. Sin embargo, dado que en todas estas ediciones se incluyeron himnos como "Vexilla Regis prodeunt", "Veni creator Spiritus" y otros que nadie reconoce como de Ambrosio, es evidente que no se aplicó ningún criterio de selección: cualquier himno que llegara a manos de los editores bajo el nombre de Ambrosio fue admitido indiscriminadamente. Ni Gillotius ni los editores romanos nos presentan ningún garante cuya autoridad consideraran digna de confianza; y aquellos que se encargaron de las ediciones parisinas presentan testigos de tal índole que, salvo Beda, no merecen ninguna credibilidad. ¿Quién consideraría que un himno debe ser incluido entre los ambrosianos solo porque apareció en algún manuscrito coral que encontraron los editores, o porque Radulfo de Tongres (De observ. canon. Propos. 13), quien escribió a principios del siglo XV, afirmó que se encontraba en antiguos himnarios romanos o incluso en el Oficio Ambrosiano? No se prueba suficientemente que ninguno de los himnos contenidos en esos libros esté erróneamente atribuido a Ambrosio.

Dionisio Cartujano elaboró un catálogo de himnos que consideró ambrosianos (Hymnor. Enarr.), pero no ofrece ninguna razón para adjudicarlos al Doctor, excepto en el caso del himno "Deus creator omnium", donde testimonia que reconoce en algunos de ellos la fraseología y el carácter de Ambrosio. Este argumento, cuando se utiliza solo, es poco seguro en este género, como se puede entender fácilmente.

Clichthoveo tampoco se preocupó más por justificar los himnos que enumera bajo el título de Ambrosio (In elucidatorio), ya que, excepto en el caso del himno "Aeterne rerum conditor",

que considera tomado del Hexaemeron debido a su relación, no cita otra razón para probar los demás que la opinión común.

Lo mismo debe decirse de la autoridad de Gavanti (Comment. in Rubr., § 5, cap. 6), quien no aplica una piedra de toque para examinar los himnos ambrosianos, sino que simplemente sigue el juicio de los ya citados Radulfo de Tongres, Dionisio Cartujano, Clichthoveo, o incluso de otros de épocas posteriores.

Tenemos un testimonio más antiguo sobre los himnos de nuestro Doctor en la Regla de San Benito; pues este santo, al prescribir a sus monjes la forma del Oficio divino (Cap. 9, 12, 16 y 17), ordena que se cante un "carmen ambrosiano", que también llama "himno" en otros lugares, en cada hora. Sin embargo, los comentaristas de la misma Regla, siguiendo a Radulfo, interpretan la palabra "ambrosiano" de manera que designa himnos "ya sea compuestos por Ambrosio, o bien otros compuestos a imitación de los ambrosianos". Además, no está claro si los mismos himnos que usamos hoy en la Iglesia ya se cantaban desde el tiempo de San Benito.

En esta gran dificultad para distinguir los himnos de nuestro Ambrosio de los ajenos, nos ha parecido mejor no admitir como ambrosiano ninguno que no esté respaldado por la autoridad de un testigo confiable; considerando que es mejor dar lugar en este volumen a menos himnos pero más seguros, que multiplicar su número mezclando indiscriminadamente los verdaderos con los falsos.

El primero de los que publicamos aquí, decimos con razón que es de Ambrosio. Tenemos como testigo a San Agustín, cuyas siguientes palabras se leen: "En este libro dije en cierto lugar sobre el apóstol Pedro, que sobre él, como sobre una roca, está fundada la Iglesia, un sentido que también se canta en los versos del beatísimo Ambrosio, donde sobre el gallo dice: 'Esta misma roca de la Iglesia, al cantar, lava la culpa' (Lib. I Retract. c. 21). Y ciertamente, muchos autores después de Beda (De Arte metr.) han observado que este himno fue tomado del Hexaemeron (Lib. V, cap. 24).

El segundo himno también es indicado por el mismo Agustín, cuando recuerda su duelo por la muerte de su madre: "Estaba", dice (Lib. IX, cap. 12), "solo en mi lecho, recordando los verdaderos versos de tu Ambrosio; tú eres, en efecto, Dios creador de todo". No dudamos que este himno también se menciona en el libro VI de Música, cap. 9.

El tercer himno es mencionado por el citado doctor de esta manera (Lib. de Nat. et Grat. c. 63): "El obispo mencionado también nos advierte que debemos pedir el Espíritu en nuestras oraciones... donde en su himno dice: 'Votisque praestet sedulis sanctum mereri Spiritum'. Este himno también se encuentra entre los ambrosianos según el venerable Beda (Loco cit.), y está presente tanto en los Breviarios Cistercienses como en las últimas ediciones parisinas de las Obras de Ambrosio, de donde lo hemos trasladado aquí.

No se puede dudar más del cuarto himno que de los tres anteriores. Encontramos la primera estrofa atribuida a Ambrosio en el Sínodo Romano celebrado en el año 430 según la Colección Baluziana, y también citada varias veces por Ildefonso en su obra De Perpet. Virgin. Beatae Mariae. La cuarta estrofa se encuentra no solo en Casiodoro (In Psal. VIII in Concl. et in Psal. LXXI), sino también en Fausto de Riez, quien, al hablar de ella, dice (Epist. ad G. Diac.): "Recibe también en el himno del santo obispo y confesor Ambrosio, que en el natalicio del Señor resuena por todas las regiones de Italia y Galia: 'Procede de thalamo tuo', etc.

El quinto himno es indicado por Casiodoro, quien dice (In Psal. LXXIV): "Para que las aguas de las fuentes recibieran el color del vino, cambiando su cualidad, lo que la naturaleza no les había dado. Por eso el beato Ambrosio en el himno de la santa Epifanía declamó maravillosamente con la luz más espléndida de las palabras". De los dos himnos en los que se celebra el misterio de la Epifanía, uno de ellos, que se canta en el Oficio de ese día, es de Sedulio; el otro se encuentra en los Breviarios de la Orden Cisterciense y en las últimas ediciones de las Obras de Ambrosio. Como las palabras citadas de Casiodoro se ajustan perfectamente a este himno, no dudamos en admitirlo entre las legítimas producciones de tan gran Doctor.

El sexto himno, o más bien fragmento de himno, lo presentamos con la autoridad del mismo Casiodoro (In Psal. CI), ya que leemos su testimonio sobre él en estas palabras: "De aquí también el himno rosado de la hora sexta de San Ambrosio, según el Apóstol, exhala; dice: 'Orabo mente Dominum', etc. Sin embargo, este himno no es indigno de las alabanzas del Senador si solo se considera el sentido; pero no sin razón se puede dudar si realmente fue compuesto por Ambrosio, ya que en él se descuidan por completo las reglas del verso. De todo lo que hemos dicho antes, se muestra claramente que el santo Obispo era más hábil en este género, como para no tropezar tan frecuentemente. Pero no quisimos negar la autoridad de Casiodoro, para que este dulce poema se incluya entre los cánticos de nuestro Ambrosio.

El primer verso del séptimo himno es recordado por Beda (De Arte metr.): "Pero también los ambrosianos corren principalmente: 'Splendor paternae gloriae'. Después de este verso, al que añade los primeros tres de otros tres himnos de los que ya hemos hablado, prosigue de esta manera: 'Y muchos otros, en los que está compuesto con el más hermoso decoro el himno de los santos mártires: 'Aeterna Christi munera', etc. Sin embargo, este testimonio no parece poder interpretarse de manera más adecuada que atribuyendo este himno a Ambrosio: por lo cual lo hemos admitido en octavo lugar.

El noveno, décimo y undécimo nos fueron indicados por Hincmaro, obispo de Reims (De non trina Trin.), cuya autoridad seguimos en esta materia hasta el punto en que los himnos parecen dignos de tan gran nombre, o ninguna razón nos impulsa a apartarnos de su opinión. Por ejemplo, el himno: 'Nunc sancte nobis Spiritus', que se canta a la hora tercera, no nos convence de que provenga de Ambrosio; ya que tenemos otro que se sabe que fue compuesto por el santo Obispo para ser cantado a la misma hora. Los demás, cuyos versos o incluso estrofas cita de vez en cuando como ambrosianos, están tan manchados de errores que distan mucho de la elegancia de ese hombre: algunos incluso no presentan nada de la concisión que Beda testifica que Ambrosio solía incluir en cada verso un solo sentido.

El conocimiento del duodécimo himno se lo debemos al beato Ildefonso, quien cita la primera estrofa del mismo como compuesta por Ambrosio en su sermón sobre el Parto y la Purificación de la Virgen María: de donde fue trasladada a las ediciones posteriores de las Obras del santo Doctor: la segunda y tercera estrofa las hemos transcrito del libro de Georgio Casandro sobre los himnos eclesiásticos, donde el mismo himno se encuentra sin nombre de autor. Aunque a veces se ha pecado en él contra la prosodia, no lo juzgamos indigno de Ambrosio; ya que en sus himnos indudables se pueden encontrar errores de este tipo, aunque no frecuentes.

El himno 'Te decet laus' es llamado ambrosiano en el libro I de los Milagros de San Richario, pero no está claro en qué sentido se le llama así; ya que, al no estar compuesto en versos, no puede haber sido hecho ni por Ambrosio ni a la manera ambrosiana. Sobre el cántico

eucarístico 'Te Deum laudamus', sería tedioso discutir aquí; pues no hay nadie en nuestra época que no sea completamente ignorante que niegue que es una fábula que el mismo himno fue cantado alternadamente por Ambrosio y el gran Agustín después de su bautismo. No negamos, sin embargo, que algunos de los himnos que se han publicado en ediciones anteriores, especialmente aquellos que se cantan en las horas diurnas y en las vísperas de los días de feria, pertenezcan a Ambrosio: pero como distinguirlos de los ajenos es una tarea ardua, los hemos omitido con menos duda, ya que se encuentran en casi todos los Breviarios y otros libros muy accesibles.

HIMNOS DE SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN. (C,S)

1219 HIMNO I.

Eterno creador de las cosas,Que gobiernas la noche y el día,Y das las estaciones del tiempo,Para aliviar el tedio, El pregonero del día ya suena,Vigilante en la profunda noche,Luz nocturna para los viajeros,Separando la noche de la noche. Con esto, el Lucero del alba,Disipa la oscuridad del cielo,Con esto, todo el coro de errores,Abandona el camino del mal. Con esto, el marinero recobra fuerzas,Y se calman las olas del mar,Con esto, la misma roca de la Iglesia,Cantando, lava la culpa. Levantémonos, pues, con vigor,El gallo despierta a los que yacen,Y reprende a los somnolientos,El gallo acusa a los que niegan. Al cantar el gallo, vuelve la esperanza,La salud se restituye a los enfermos,La espada del ladrón se guarda,La fe retorna a los caídos. Jesús, mira a los que vacilan,Y corrígenos con tu mirada;Si miras, las caídas se levantan,Y con llanto se disuelve la culpa. Tú, luz, resplandece en los sentidos,Disipa el sueño de la mente:Que nuestra voz te cante primero,Y te ofrezcamos nuestros votos.

HIMNO II.

Dios creador de todo,Regidor del cielo, que vistesEl día con luz hermosa,La noche con el don del sueño. Para que el descanso devuelvaLos miembros relajados al trabajo,Y alivie las mentes cansadas,Y disuelva las ansiedades. Damos gracias por el día ya pasado,Y al inicio de la noche, oramos,Con votos, para que ayudes a los culpables,Cantando himnos te ofrecemos. Que las profundidades del corazón te canten,Que la voz melodiosa resuene,1220 Que el amor casto te ame,Que la mente sobria te adore. Para que cuando la profunda oscuridadCierre el día con la noche,La fe no conozca las tinieblas,Y la noche brille con fe. No permitas que la mente duerma,Que el pecado conozca el sueño,La fe, guardiana, refrescante,Modere el vapor del sueño. Despojada de sentido resbaladizo,Que el corazón sueñe contigo;Y que el temor no despierte a los tranquilosCon el engaño del enemigo envidioso. Roguemos a Cristo y al Padre,Al Espíritu de Cristo y del Padre,Uno poderoso en todo,Que sostenga a los que rezan, Trinidad.

HIMNO III.

Ya surge la hora tercera,En la que Cristo subió a la cruz,Que la mente no piense en nada insolente,Que dirija el afecto a la oración. Quien recibe a Cristo en el corazón,Tiene un sentido inocente:Y con votos diligentes,Obtiene el Espíritu Santo. Esta es la hora en que puso finAl letargo del crimen,Disolvió el reino de la muerte,Y eliminó la culpa desde la eternidad. Desde entonces comenzaron los tiempos felicesPor la gracia de Cristo:La verdad llenó de feA las Iglesias en todo el mundo. Desde la cima del triunfo,Le hablaba a su madre:He aquí tu hijo, madre;Apóstol, he aquí tu madre. Proclamando el misterio profundoDe la unión con la esposa;Para que el parto sagrado de la virgenNo mancillara el

pudor de la madre. A quien Jesús dio fe con milagros celestiales:El pueblo impío no creyó;Quien crea, será salvo. Nosotros creemos en el Dios nacido,En el parto de la Virgen sagrada, 1221Quien llevó los pecados del mundo,Sentado a la derecha del Padre.

HIMNO IV.

Ven, redentor de las naciones,Muestra el parto de la Virgen,Que todo el siglo admire:Tal parto conviene a Dios. No de semilla viril,Sino por aliento místico,El Verbo de Dios hecho carne,Floreció el fruto del vientre. El vientre de la Virgen se hincha,El claustro del pudor permanece,Las banderas de las virtudes brillan,Dios se mueve en el templo. Saliendo de su cámara,El regio salón del pudor,El Gigante de doble sustancia,Corre alegre su camino. Su salida es del Padre,Su regreso es al Padre;Su excursión hasta los infiernos,Su regreso al trono de Dios. Igual al eterno Padre,Con el trofeo de la carne,Fortaleciendo con virtud perpetuaLa debilidad de nuestro cuerpo. Ya brilla tu pesebre,Y la noche exhala nueva luz,Que ninguna noche interrumpa,Y brille con fe constante.

HIMNO V.

Iluminador AltísimoDe los globos de estrellas brillantes,Paz, vida, luz, verdad,Jesús, favorece a los que rezan. Ya sea en el místico bautismoLas aguas del Jordán retrocediendoConvertidas una vez en el tercer díaConsagrado por tu presencia. Ya sea que la estrella del parto de la VirgenBrillando en el cielo lo haya señalado;Y en este día adoradoLlevaste a los Magos al pesebre. O en las tinajas llenas de aguaInfundiste el sabor del vino:El ministro consciente bebió,Lo que él mismo no había llenado. Viendo las aguas colorearse,Embriagar los ríos;Los elementos transformados se asombranDe pasar a otros usos. Así, a cinco mil hombresMientras dividías cinco panes,El alimento crecía en la bocaDe los que comían. Se multiplicaba másCon el gasto de su propio pan: 1222¿Quién se maravillará al ver estoDe los manantiales de flujo continuo? Entre las manos de los que partíanEl pan se derrama profusamente:Los fragmentos que no rompieronSe deslizan intactos a los hombres.

HIMNO VI.

Oraré con la mente al Señor,Oraré también con el espíritu;Para que no solo la voz cante a Dios,Y nuestro sentido, llevado a otro lado,Errante, no se desvíe,Prevenido por vanos sucesos.

HIMNO VII.

Esplendor de la gloria del Padre,De la luz, luz produciendo,Iluminando el día con los comienzosDe la nueva luz del día. Y verdadero sol, descende,Brillando con perpetuo resplandor,Infunde el resplandor del Espíritu SantoEn nuestros sentidos. Con votos invoquemos al Padre,Padre de la gloria eterna,Padre de la gracia poderosa,Que aleje la culpa resbaladiza. Forme actos vigorosos,Retire los dientes del envidioso,Apoye los casos difíciles,Conceda la gracia de actuar. Governe y dirija la mente,Con cuerpo casto y fiel,La fe arda con calor,No conozca los venenos del engaño. Y que Cristo sea nuestro alimento,Nuestra bebida sea la fe,Con alegría bebamos la sobriaEbriedad del Espíritu. Que este día pase alegre,Que la vergüenza sea como el amanecer,La fe como el mediodía,Que la mente no conozca el crepúsculo. La aurora avanza su curso,Que toda la aurora salgaEn el Padre todo el HijoY todo en el Verbo el Padre.

HIMNO VIII.

Los eternos dones de Cristo, Y las victorias de los mártires, Las alabanzas debidas, Con mentes alegres cantemos. Príncipes de las Iglesias, Triunfales líderes de la guerra, Soldados del palacio celestial, Y verdaderas luces del mundo. Vencido el terror del siglo, 1223 Despreciando los castigos del cuerpo, Con el atajo de la muerte sagrada, Poseen la vida bienaventurada. Los mártires son entregados al fuego, Y a los dientes de las bestias, La mano del torturador loco Arma con garras. Las entrañas desnudas cuelgan, La sangre sagrada se derrama, Permanecen inmóviles Por la gracia de la vida eterna. La fe devota de los santos, La esperanza invicta de los creyentes; La perfecta caridad de Cristo, Triunfa sobre el príncipe del mundo. En ellos la gloria del Padre, En ellos la voluntad del Hijo, En ellos exulta el Espíritu, El cielo se llena de gozo. Ahora te rogamos, Redentor, Que con su compañía Nos unas a los siervos que rezan, En los siglos eternos. Amén.

HIMNO IX.

Con los miembros restaurados por el sueño, Despreciando el lecho, nos levantamos, Te pedimos, Padre, que estés presente Con nosotros que cantamos. Que la lengua primero te cante, Que el ardor de la mente te rodee; Para que seas, santo, El principio de nuestros actos siguientes. Que las tinieblas cedan a la luz, Y la noche al astro diurno; Para que la culpa que la noche trajo, Se disuelva con el don de la luz. Te suplicamos lo mismo, Que cortes todas las faltas; Para que con la boca de los que te cantan Seas alabado por siempre. Concédenos, Padre piadosísimo, Igual al Padre, único, 1224 Con el Espíritu Paráclito Reinando por todos los siglos.

HIMNO X.

Compañero de la luz paterna, Luz misma de la luz, y día, Rompemos la noche cantando, Asiste a los que piden. Quita las tinieblas de las mentes, Huye las huestes de los demonios: Expulsa la somnolencia, Para que no abrume a los perezosos. Así, Cristo, a todos nosotros Que creemos, nos perdones; Para que sea útil a los que rezan, Lo que cantamos anticipadamente.

HIMNO XI.

Oh Luz bendita Trinidad, Y unidad principal, Ya se retira el sol ardiente, Infunde luz en los corazones. Te alabamos con cántico matutino, Te suplicamos al atardecer, Que nuestra gloria suplicante, Te alabe por todos los siglos.

HIMNO XII.

La puerta de Cristo se hace accesible, Llena de gracia, El Rey pasa y permanece, Cerrada, como fue, por los siglos. El linaje de la luz suprema, Procedió del salón de la virgen, Esposo, redentor, creador, Gigante de su Iglesia. Honor de la madre y gozo, Inmensa esperanza de los creyentes, Por las oscuras copas de la muerte, Disolvió nuestros crímenes.